

La tala del bosque

1854-55



I

Una marcha entre tinieblas

A mediados del invierno de 185... una división de nuestra batería formó parte de un destacamento mandado á la gran Thetchnia. Al tener conocimiento, en la tarde del 14 de febrero, de que el destacamento que yo mandaba en ausencia del oficial, era designado para formar parte de la columna que al día siguiente había de arrasar el bosque, transmití las órdenes necesarias y me fuí á mi tienda de campaña antes que de ordinario, abandonando la mala costumbre de calentarla con carbón. Sin desnudarme me metí en la cama, tendida sobre el santo suelo. Me encasqueté el gorro hasta los ojos, me envolví en el capote de pieles y me quedé dormido con ese sueño particular, fuerte y pesado, que se tiene en los momentos de turbulencia ó de inquietud ante el peligro. La expedición del día siguiente me tenía sobresaltado.

Todavía estaba muy oscuro, eran las tres de la madrugada, cuando me quitaron de encima el *tulupe* (1) caliente; el resplandor rojo de una candela hirió desagradablemente mis ojos aun adormecidos.

—Queréis levantaros?—dijo una voz.

Cerré los ojos é inconscientemente extendí de nuevo sobre mi cuerpo la *tulupe* y volví á dormirme.

(1) Capote corto de piel de cordero.

—Os levantáis, si ó no?—repitió Dmitri, sacudiéndome sin piedad por la espalda.—La infantería se pone ya en camino.

De pronto recordé la realidad. Me estremecí y salté á tierra. A toda prisa bebí un vaso de té, me lavé con el agua helada y salí de la tienda para dirigirme al parque de artillería. Estaba oscuro, y hacía mucho frío. El fuego de las hogueras nocturnas que ardían en varios sitios del campamento iluminando las caras de los soldados adormecidos, acostados alrededor de ellas, aumentaba la oscuridad, con su claridad suave de un rojo oscuro. Muy cerca se oía un ronquido regular y tranquilo; más lejos, el movimiento, las conversaciones y el chis-chas de las armas de la infantería, que se preparaba á partir. Un olor de humo, de estiércol, de leña y de neblina se esparcía por doquier. El escalofrío matinal entumecía los miembros; los dientes castañeteaban unos con otros. Sólo el resoplido y pataleo de los caballos dejaban adivinar, entre esa oscuridad impenetrable, dónde se hallaban los arrastres y los arcones enganchados. Por las puntas brillantes de las mechas se podía distinguir el sitio de los cañones... Con las palabras «Con Dios!» la primera pieza se puso en marcha. Quitándonos el gorro todos hicimos el signo de la cruz.

Llegó la infantería mientras tanto; el destacamento se detuvo, esperando durante un cuarto de hora la reunión de toda la columna y la llegada del jefe.

—Nos falta un soldado, Nicolai Petrovitch!—dijo acercándose á mí una figura negra que conocí por la voz; era el polvorista Maximov.

—Quién es?—pregunté.

—Valentchuk. Le he visto cuando enganchábamos y ahora no está aquí.

Como creímos que la columna no podría marchar enseguida, decidimos enviar al cabo Antonov en busca de Valentchuk.

Poco después, por delante de nosotros, entre la oscuridad, pasaron al trote unos jinetes; eran el jefe y su séquito. De pronto la cabeza de la columna se puso en movimiento. Antonov y Valentchuk aun no estaban allí, pero apenas habíamos andado cien pasos cuando los dos soldados se nos reunieron.

—Dónde estabais?—pregunté á Valentchuk.

—Durmiendo en el parque.

—Cómo! Estabais borracho?

—No, señor.

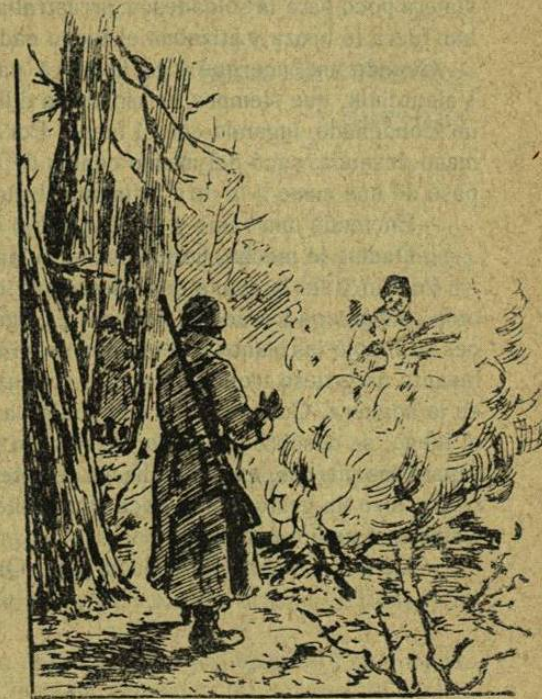
—Entonces, cómo os habéis dormido?

—No lo sé.

Durante tres horas avanzamos lentamente, en silencio, en medio de la oscuridad, á través de los campos incultos y por encima de la nieve y los espinos achaparrados que crujían bajo las ruedas de los arcones.

Después de haber pasado un riachuelo poco profundo, pero rápido, nos detuvimos. En la vanguardia se oyeron bruscamente algunos tiros. Como siempre, su silbido excitaba á los soldados; el destacamento parecía despertar. En las filas se oían conversaciones, gran movimiento y risas. Los soldados, unos luchaban con sus camaradas; otros saltaban con un pie sobre el otro; otros para pasar el tiempo comían galleta ó se ejercitaban en presentar y rendir el arma. La niebla comenzaba á despejarse hacia el Oriente; la humedad se hacía más sensible y de las tinieblas se destacaban poco á poco los objetos más cercanos. Ya distinguía las cureñas verdes, los arzones y el cobre de los cañones cubiertos de rocío. Observé involuntariamente el más insignificante detalle: las caras de los soldados, los caballos bayos, las filas de la infantería con sus bayonetas relucientes, las bolsas, los utensilios y las marmitas que llevaban todos para el rancho...

Avanzamos de nuevo y cuando hubimos recorrido unos cien pasos, nos indicaron el *sitio*. A la derecha se veía la orilla escarpada del río sinuoso y las altas estacas del cementerio tártaro. A la izquierda y hacia nuestro frente se percibía una línea negra á través de la niebla. El destacamento bajó de los arcones.



La octava compañía, que servía de encubierta, puso sus fusiles en pabellón; los batallones de soldados con hachas y fusiles se internaron en el bosque.

Cinco minutos no habían transcurrido, cuando por todos lados se encendían y humeaban las hogueras. Los soldados se ayudaban unos á otros, atizaban el fuego con los pies y las manos, arrastraban ramas y troncos, resonando sin interrupción el golpear de cientos de hachas y el rumor de los árboles que se abatían.

Los artilleros, rivalizando con los infantes, encendían hogueras, hasta que no podían acercarse á dos pasos de ellas. Una espesa humareda se escapaba por entre las ramas heladas, cuyas gotas de rocío se evaporaban hirvientes sobre la llama en que los hombres las aglomeraban. En la parte inferior se formaba el carbón y la hierba muerta del contorno de la hoguera se ponía blanca. Todavía era poco para la soldadesca; arrastraban troncos enteros, echaban fuera la broza y atizaban el fuego cada vez más.

Cuando me acerqué á la hoguera para encender un cigarro, Valentchuk, que siempre se mostraba diligente, se exponía como un condenado jugando con el fuego. Por exceso de celo, con la mano desnuda, sacó del mismo centro de la hoguera un carbón, lo pasó de una mano á la otra y finalmente lo dejó caer al suelo.

—Enciende una rama y dámela,—dijo uno.

—Dadme la mecha, hermanos,—exclamó otro.

Por fin y sin la ayuda de Valentchuk, que aun intentaba coger otro carbón con los dedos, encendí el cigarro. Valentchuk entonces se limpió las manos en el faldón de su abrigo y, por hacer algo, levantó un grueso tronco de arce y lo lanzó con todas sus fuerzas en la hoguera. Cuando juzgó que podía ya descansar, se aproximó al fuego, se desabrochó el abrigo y se lo puso á guisa de capote; separó las piernas, extendió hacia delante sus brazos rudos y morenos, hizo un gesto con la boca y pestañeando varias veces y sin dirigirse á nadie, exclamó:

—Ah! eh! A qué he olvidado mi pipa? Qué desgracia, hermanos!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Las tres clases de soldados que hay

EN Rusia hay tres tipos diferentes de soldados, en los cuales pueden comprenderse todos los demás: tropas del Cáucaso, de línea, de la guardia, de infantería, de caballería, de artillería, etc.

Estos tipos, con sus diversos matices son:

- 1.º Los sumisos.
- 2.º Los autoritarios.
- 3.º Los calaveras.

Los sumisos se dividen: en sumisos negligentes y sumisos diligentes.

Los autoritarios comprenden: los autoritarios bruscos y los autoritarios diplomáticos.

Y los calaveras se diferencian: en calaveras divertidos y en calaveras depravados.

El tipo más frecuente, más seductor y simpático y que comunemente reúne las mejores virtudes cristianas, de dulzura, de piedad, de paciencia y de resignación á la voluntad de Dios, es el tipo del sumiso. El rasgo característico del sumiso de sangre fría es: una calma que nada conmueve y el menosprecio de las adversidades que la suerte le reserva.

El rasgo esencial del sumiso que bebe es: una tendencia dulce,

poética y sentimental, que le diferencia del sumiso diligente, el cual es conocido por su pobreza intelectual, unida á un amor al trabajo sin límites, y por su gran fervor.

El tipo de los autoritarios se encuentra principalmente en una clase más elevada de soldados, cabos, subalternos, etc.; en la primera división, la de los autoritarios bruscos, existe un tipo muy noble, enérgico, puramente militar, dotado de gran calor poético. A esta categoría pertenecía el cabo Antonov, que luego presentaré á mis lectores.

La segunda división, la de los autoritarios diplomáticos, hace tiempo que se extiende bastante. Este es elocuente, ilustrado, lleva camisa color rosa, no come rancho, fuma á veces tabaco de Monsatov, se tiene por mucho más que un simple soldado. Sin embargo, difícilmente son mejores soldados que los autoritarios de la primera clase.

El tipo del calavera, como el tipo del autoritario, es bueno en su primera categoría. Los rasgos especiales de los calaveras divertidos son: alegría constante, gran capacidad para todo, resueltos y de naturaleza magnánima. Este tipo es muy peligroso en su segunda escala. Sin embargo, hay que decir en honor del ejército ruso, que los calaveras depravados son muy raros y, si los hay, viven abandonados por sus mismos compañeros. La incredulidad y cierta fanfarronada en el vicio, son los rasgos principales que distinguen á esta categoría.

Valentchuk pertenecía á los sumisos diligentes. Era de origen ruso y servía en el ejército hacía quince años; era un soldado ordinario y poco hábil, pero ingenuo, bueno, fervoroso, intempestivo en su celo y sumamente honrado; digo «sumamente honrado», porque el año anterior lo había demostrado claramente. Hay que notar que cada soldado tiene su oficio; el más corriente es el de sastre ó zapatero. Valentchuk conocía el primero de estos oficios, que había aprendido por sí solo. He ahí por qué el sargento mayor Mikhail Dorofeitch, le confió la confección de sus trajes, habiendo alcanzado ya alguna perfección en su delicado arte.

El año anterior, Valentchuk se encargó en el mismo campamento de hacer un capote de paño fino á Mikhail Dorofeitch; y aquella misma noche, después de cortar el paño é hilvanar el forro, lo metió en su tienda debajo de la almohada, y ocurrió un muy grave percance. A la mañana siguiente, el paño, que costaba siete rublos, había desaparecido.

Valentchuk, llorando, con los labios descoloridos y temblorosos, con sollozos reprimidos declaró al sargento mayor su desgracia.

Mikhail Dorofeitch en el primer momento de despecho se enfadó y llegó á amenazarle; pero enseguida, como hombre bueno que era, abandonó el asunto, sin exigirle la devolución del dinero. Apesar de la pena de Valentchuk, de su actividad y del llanto que vertía contando su desgracia, el ladrón no pareció. Las sospechas se inclinaban hacia un terrible libertino; el soldado Tchemov, que dormía con él en la misma tienda. Pero no había contra él ninguna prueba. El diplomático autoritario Mikhail Dorofeitch, como hombre de poderes que se pasa el tiempo en provechosos manejos con el vigilante del arsenal y el jefe de la administración y con los aristócratas de la batería, bien pronto olvidó esa pérdida. Valentchuk, al contrario, no la olvidaba. Los soldados temieron en aquel entonces que se suicidase ó huyese al monte. De tal manera su infortunio le había impresionado. No comía ni bebía y no podía trabajar; lloraba sin tregua. Pocos días después fué á buscar á Mikhail Dorofeitch. Pálido y con mano temblorosa sacó de su boca-manga una moneda de oro y se la tendió. «Os juro que es cuánto poseo, Mikhail Dorofeitch, y aun lo he pedido prestado á Idanov, dijo sollozando de nuevo, y os juro también que los dos rublos que faltan os los devolveré en cuanto pueda. *El*,—quién fuese *él* ni el mismo Valentchuk lo sabía,—me ha hecho pasar ante vuestros ojos por un ladrón; *él*, que el diablo cargue con su maldita alma, ha robado á su hermano hasta el último *kopek*. Yo, que sirvo hace quince años...»

En honor de Mikhail Dorofeitch hay que decir que no aceptó los dos rublos restantes, cuando algunos meses después Valentchuk se los iba á entregar.



III

Alrededor de una hoguera

ADemás de Valentchuk, se calentaban alrededor del fuego cinco soldados de mi pelotón.

En el mejor sitio y garantido del viento, estaba sentado sobre una barrica, fumando su pipa, el polvorista Maximov. Sin decir nada de la barrica, sobre la que estaba sentado, que en los altos era el signo del poder, y sin hablar de su capote forrado de nanquin, la actitud, la mirada y los ademanes de este hombre descubrían en él hábitos de mando y la conciencia de su propio valer.

Cuando me aproximé á él, volvió la cabeza hacia mí; pero sus ojos permanecieron fijos en el fuego y hasta mucho después no los fijó en mi semblante.

Maximov era de familia de labradores y tenía algún dinero. En la escuela de la brigada había obtenido una distinción y adquirido ciertos conocimientos de humanidades. Los soldados le creían muy rico y erudito. Recuerdo que una vez en un ejercicio práctico de tiro, explicaba, con el cuadrante en la mano, á los soldados que se agrupaban á su alrededor, que el nivel no es más que el resultado del movimiento atmosférico del mercurio. En realidad, Maximov no era tonto y conocía su obligación; sin embargo, tenía una pasión dominante: la de hablar en forma que nadie pudiera comprenderle, y estoy convencido de que él mismo no conocía el

alcance de sus palabras. Le gustaba sobre todo emplear las expresiones «resulta de esto» ó «prosiguiendo»; y cuando decía: «De esto resulta» ó «prosiguiendo», ya sabía yo que no comprendería nada de lo que siguiese. A los soldados, como pude observar, les agradaba oír sus «resulta de esto», suponiendo en estas palabras un sentido profundo, aunque, como yo, no comprendían nada. Pero ellos atribuían esta incomprendibilidad á su propia ignorancia y por lo tanto respetaban á Feodor Maximitch. En una palabra, Maximov era un autoritario diplomático.

Un segundo soldado, delante de la hoguera, probaba de meter sus botas en sus pies fibrosos y encarnados; era Antonov, el mismo artillero que en 1837 permaneció dos horas junto á un cañón sin



protector... Con dos heridas en el muslo, continuaba cargando y disparando contra el enemigo victorioso. «Haría mucho tiempo que sería polvorista, si tuviese otro carácter», decían de él los soldados. Y era verdaderamente un carácter raro. Cuando no estaba ebrio, no había hombre más tranquilo, dulce y exacto; pero cuando empezaba á beber era otro: no reconocía autoridad, se pegaba á sí mismo, alborotaba y era un soldado inservible. Una semana antes, durante el carnaval, se puso á beber, y á pesar de las amenazas y

exhortaciones y de haberle atado al cañón, bebió y luego se batió hasta el primer lunes de cuaresma. Sin embargo, durante este tiempo, aunque el destacamento tenía permiso para no observar el ayuno, él se alimentaba solamente de galleta, y la primera semana no tomó su porción de aguardiente. Por otro lado, había que ver su persona; no muy alto, de fuerte complexión, con las piernas arqueadas, los ojos brillantes, grandes bigotes; cuando, un poco alegre, cogía entre sus manos musculosas la *balalaika* (1), y echando á su alrededor una mirada negligente empezaba á tocar alguna canción favorita, ó cuando iba por la calle con su capote lleno de condecoraciones en el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón de nanquin azul, se dibujaba en su fisonomía la expresión de su orgullo de artillero y el desprecio á todo lo que no fuese *militar*. Había que comprender por su gesto cuán difícil le era en aquellos momentos no pegarse con un limpiabotas, ó con quien le saliese al camino, bien fuese cosaco, infantón, emigrante ú otro que no perteneciera á la artillería. Se pegaba con todo el mundo y buscaba querella, ya por mantener el espíritu soldadesco, del cual parecía genuíno representante, ó ya por el placer que experimentaba en toda lucha.

El tercer soldado sentado en el talud, alrededor de la hoguera, tenía una boca hasta las orejas, el bigote pequeño y erizado, la cara de un pájaro y sostenía entre sus dientes una pipa de porcelana. Era el conductor Tchikin. Este buen Tchikin, como le llamaban los soldados, era un bromista. A veces con un frío terrible, con barro hasta la rodilla, sin haber comido nada durante dos días, por estar de expedición, revista ó ejercicio, el bueno del hombre conservaba su buen humor, haciendo gestos y piruetas con los pies, ó discurrendo bromas, que el pelotón celebraba con estruendosas carcajadas. En las paradas ó en el campamento, un grupo de soldados jóvenes se reunía siempre alrededor de Tchikin que jugaba con ellos una partida de *filka* (2), ó les contaba la historia de «un soldado astuto y el milord inglés», ó imitaba á un tártaro, ó un alemán, ó bien hacía reflexiones capaces de hacer morir de risa á todo el auditorio. La verdad es que su reputación de hombre bufo estaba tan consolidada en la batería, que no hacía más que abrir la boca ó cerrar los ojos, para suscitar una carcajada general. Realmente, poseía el secreto de lo cómico y burlesco. En cada objeto veía algo extravagante, algo que nadie había notado;

(1) Instrumento de música muy común en el Cáucaso.

(2) Juego de naipes muy preferido por los soldados.

pero lo más sorprendente era la facilidad con que hallaba el lado ridículo de las cosas.

El cuarto soldado no ofrecía nada de particular; era un recluta del año anterior y que salía por primera vez formando parte de una expedición. Estaba sentado al lado mismo del humo y tan cerca del fuego que parecía iba á arder su capote de pieles, no obstante llevar los faldones recogidos; su fisonomía tranquila, satisfecha, sus gruesas pantorrillas demostraban el contento que inundaba su espíritu.

En fin, el quinto, que se hallaba alejado de la hoguera y que preparaba una baqueta, era el viejo Idanov. Soldado el más antiguo de servicio en la batería. Conoció á los demás como reclutas y por eso le llamaban ya de antiguo el *abuelito*. Según las crónicas, jamás bebió, ni fumó, ni jugó á las cartas, ni profirió juramentos. Todo el tiempo que le quedaba libre fuera de servicio, empleábase en la zapatería. En los días de fiesta, á serle posible, iba á la iglesia, compraba un cirio de un *kopek*, que ponía en un candelero, y luego hojeaba los *Himnos*, único libro legible para él. Hablaba poco con los soldados; era frío y respetuoso con los de grado superior, aunque fuesen más jóvenes que él; como no bebía, no tenía ocasión de frecuentar á sus iguales; sin embargo, gustaba de los nuevos reclutas y de los soldados jóvenes; protegíalos siempre que podía; dábales consejos y muchas veces incluso les ayudaba. En la batería creíanle capitalista por contar con veinticinco rublos, que prestaba al soldado que tenía necesidad verdadera de tal suma. Hasta el mismo Maximov, que ya era polvorista, me contaba que diez años atrás, cuando él entró en filas y los soldados viejos, entregados al mosto, se habían bebido su dinero, Idanov, conocedor de su situación precaria, le llamó, le recriminó severamente y llegó hasta á pegarle, dándole consejos para vivir en el regimiento; después le regaló una camisa—Maximov ya no tenía—y cincuenta *kopeks* de plata.

Hablando de él, decía Maximov con respeto y agradecimiento: «Ha hecho de mí un hombre». Fué él quien acudió en auxilio de Valentchuk, al que había protegido, cuando éste tuvo la desgracia de perder el capote. Había socorrido á muchos durante sus veinticinco años de servicio.

No se podía encontrar un hombre que conociese mejor su obligación, que fuese más trabajador y más puntual; pero, en cambio, era demasiado dulce y carecía de *apariencia* para ser promovido á polvorista, á pesar de su cargo de bombardero desde hacía quince años. El único placer, casi la pasión de Idanov, era oír cantar;

tenía especial preferencia por ciertas canciones. Entre los soldados jóvenes, reunía un grupo de cantores, y aunque él no pudiese cantar, permanecía con ellos, las manos en los bolsillos del capote, los ojos cerrados, expresando su contento con los movimientos de su cabeza y las contracciones de su rostro. No sé cómo lograba dar á sus movimientos regulares de los músculos de la oreja, que sólo ví en él, una expresión infinita. Su cabeza blanca como la nieve, el bigote sedoso y negro y la cara morena y rugosa, le daban á la primera impresión un aspecto severo y duro; pero vistos de cerca sus grandes ojos, redondos al reír—no reía con los labios—tenían algo extraordinariamente dulce, casi infantil, que sorprendía.



IV

Charla de soldados

QUÉ desdicha! He olvidado mi pipa. Es una desgracia, hermanos,—repitió Valentchuk.

—Mejor sería fumar cigarrillos, compañero,—dijo Tchikin, gesticulando con la boca y guiñando los ojos.—En casa yo siempre fumaba cigarrillos; son más suaves.

Como era natural, todos soltaron una carcajada.

—Así es; ha olvidado su pipa,—interrumpió Maximov, sin fijarse en la risa general. Y con tono autoritario, golpeando con prosopopeya la pipa en la palma de su mano izquierda, prosiguió:—Dónde te habías escondido, eh! Valentchuk?

Valentchuk dió media vuelta hacia él, se llevó la mano al gorro y después la bajó.

—No has dormido bastante desde ayer? Te estás durmiendo de pie; no me hace mucha gracia.

—Que me trituren ahora mismo, Feodor Maximov, si he probado una gota. Yo no sé qué me ha sucedido,—respondió Valentchuk.—Con motivo de qué me habría emborrachado?—murmuró.

—Está bien! Respondemos de tí ante los jefes... Pero has de saber que eso no me gusta!—terminó Maximov con tono más tranquilizador.

—He aquí un milagro, hermanos míos,—prosiguió Valentchuk,

después de un momento de silencio, rascándose el bigote y dirigiéndose al grupo,—un verdadero milagro. Hace dieciséis años que estoy en el servicio y nunca me había pasado cosa análoga. Cuando se dió la orden de formación, me preparé sin sentir nada; de pronto me hallé en el parque y... me eché al suelo; eso fué todo. Cómo me dormí? No lo sé. Probablemente fui víctima de un accidente...

—Es verdad, mucho me costó despertarte,—dijo Antonov poniéndose una bota.—Te empujaba, te arrastraba y... cómo un tronco!

—Oh! Estaría bebido...—observó el propio Valentchuk.

—Ya lo creo! En nuestro país,—dijo Tchikin,—había una mujer que durante dos años padeció continuos letargos. Una vez se pusieron á despertarla creyendo que dormía... y había muerto. Como siempre la cogía el sueño...

—Tchikin, cuéntanos cómo estando de licencia diste una gran broma,—dijo Maximov sonriendo y mirándome como diciendo: «Queréis oír á un imbécil?»

—Qué clase de broma, Feodor Maximov?—dijo Tchikin, echándome una mirada rápida.—Ya la sabéis, ya he contado otras veces lo que es el Cáucaso.

—Sí, sí, eso es! Qué esperas?... Dinos cómo lo hiciste.

—Ya lo sabéis. Alguien ha preguntado la manera cómo vivimos,—comenzó Tchikin con el aire y la volubilidad del que ha contado muchas veces una misma cosa.—He contestado diciendo que vivimos bien y recibimos víveres en gran cantidad. Mañana y tarde cada soldado tiene una taza de chocolate y sopa de cebada descascarillada y, en vez de aguardiente, recibimos una copa de Madera que vale, sin contar la botella, cuarenta y dos *kopeks*.

—Un buen Madera,—repuso Valentchuk lanzando una carcajada que dominó todas las demás.—He aquí un buen Madera.

—Pero, y qué nos cuentas de los asiáticos?—interrumpió Maximov, cuando la risa general se hubo calmado.

Tchikin se inclinó hacia la hoguera, sacó un carbón y valiéndose de una varilla lo aplicó á su pipa. Sin abrir la boca, como si no notase la curiosidad silenciosa y excitada del auditorio, encendió calmosamente el tabaco. Cuando tuvo bastante fuego, arrojó la brasa, inclinó su gorro hacia atrás, hizo una mueca y sonriendo ligeramente, continuó:

—Me preguntaron: Qué tal hombre es el *therkess*? Os baten los turcos en el Cáucaso?» Yo respondí: En mi país, buen hombre, no hay un *therkess* solo, hay muchos. Hay mocetones que viven en

los montes pedregosos, que comen piedras en vez de pan. Son altos como los árboles, tienen un ojo en mitad de la frente y llevan unos gorros rojos como la llama... Parecidos al tuyo, buen hombre,—añadió dirigiéndose á un joven recluta que llevaba un gorro negro, encarnado por encima.

A este apóstrofe inesperado, el recluta se sentó en el suelo, se golpeó las rodillas, soltó una risotada y tosió de tal forma que apenas pudo pronunciar con voz sofocada: «Son campesinos».

—Después, hay los *mumri*,—continuó Tchikin echándose el gorro á la frente con un movimiento de cabeza.—Los demás son hermanos gemelos. Siempre van de dos en dos. Cogidos de la mano, corren tanto que no se les puede alcanzar á caballo. Cómo nacen, pues, estos *mumris*, cogidos de la mano? Pues sí, buen hombre, nacen así. Si se les separan las manos, entonces corre la sangre. «Ah! Cuenta cómo guerrear». Bien sencillamente, dije. Si te cogen, te abren el vientre en canal y te cuelgan al brazo los intestinos. Mientras te los enrollan, tú ríes tanto que el alma se te sale...

—Te han creído todos, Tchikin!—dijo Maximov sonriendo, mientras los demás se reían á más no poder.

—Es un pueblo verdaderamente chusco, Feodor Maximov. En todo cree. Yo les he hablado de la montaña Karbek, sobre la cual la nieve permanece todo el verano; pues se han reído á mis barbas. «Qué nos cuentas, buen hombre?» me han dicho. Nunca se ha visto eso; un monte en el cual no se derrita la nieve! En mi país, hijo mío, hay una colina donde se derrite la nieve muy aprisa y tan sólo queda alguna en las grietas y hendiduras... Vamos!—terminó Tchikin guiñando los ojos.